

Palabras mayores

Un viaje por la memoria rural

Emilio Gancedo

Índice

Prólogo	9
O irse o quedarse	13
El cazaorín de Casu y otras historias	31
La luz en Caloca	45
Tambores del Teleno	57
Remedios castellanos	69
Galdós, la princesa y el maestro	83
La palabra vasca	97
El chupinazo del carbonero	III
Los dos saltos del Ebro	123
<i>Gent de mar i gent de terra</i>	153
La batalla de lo menor	183
El mercantil valenciano	201
Las estrofas del Madroñal	221
Supervivencias manchegas, trasiegos serranos	241
Penurias de cortijo y costa	281
Los santos en casa	315
Lo sobrenatural en los extremos	335
Epílogo	363

UN DÍA, EL VIAJANTE dejó de cubrir los mismos trayectos y las líneas programadas que lo ataban a rincones ya conocidos y decidió salir de su casa y medir las jornadas sin calendario y las horas sin reloj. Y emprendió una expedición hacia adelante en el espacio y hacia atrás en la memoria que acabó llevándolo por todo el país en busca de las huellas de la vida y los paisajes del recuerdo, esos que se van evaporando como niebla al sol, de manera imperceptible pero imparable. El viajante, hombre de pocas palabras, ingenuo y esperanzado, creyó en la utilidad de rescatar y exponer, como si las tendiera sobre la hierba, existencias veteranas que hablasen con el más claro de los idiomas en estos días de confusión, así que se afanó por reunir una lista de nombres propios, nombres encallecidos y fibrosos, nombres bien amasados tras el paso de los días, avecindados por todo el territorio, y se dispuso a visitarlos con su maletín, sus preguntas y sus silencios.

Cribados por la memoria y la palabra, los recuerdos y enseñanzas acabaron cayendo sobre las hojas del viajante pero antes tuvieron que colarse por ocultos desagües y transitar atajos, vadear ríos y superar desfiladeros que se tragaron a muchos. Y con todos los que pudo rescatar levantó una especie de atalaya, o de frágil faro hecho de cajas apiladas, desde el que alertar a los navegantes y divisar mejor la línea del horizonte. Al final se subió a él y contempló su luz, pequeña pero intensa, familiar y penetrante.

Desde el tramo final de sus vidas, estas gentes hacen historia de su propia historia.

E. G.

O irse o quedarse

HAY UN CRÍO ESPIANDO el sueño de un instrumento.

El instrumento reposa en un estante, flácido, con aspecto de gato desventrado, recuperando fuerzas después de la batalla musical. Ha sido todo un día y toda una noche de mucho bailar, de mucho soñar y poco dormir, saltos y vueltas sobre la yerba, pirotecnia de luces y gestos restallando en la cabeza de una juventud cansada pero feliz que en poco tiempo, y después de varias horas de camino, habrá de regresar a lo mismo: al ganado, a la red, al escoplo y al maíz. Pero ayer buscó justo desagravio. La mano endurecida, hecha al cáñamo y a la cuerna, cercó despacio una cintura, bahía de piel y aire, y fondeó en ella con buen viento. Hubo tripulantes afortunados cuya palma quedó anclada a la suave orilla durante unos minutos, temblorosa estrella de mar que aún no cree su suerte y no mueve un apéndice. En el mejor de los caladeros se subió a bordo un beso húmedo y salino. Todo el mundo faenaba.

La gaita sueña con todas esas cosas, bien estirado el roncón de boj. El niño la mira y parece adivinar sus infinitas memorias romeras. Le fascina su cuerpo, ese cabrito con tripas de aire, y anhela, también él, andar sembrando de música las plazas y las *corredoiras*. Del puntero sale la alegría. Es una de las cosas que ha aprendido. Y quiere dispersarla por todas partes, no es tan crío, ha analizado con seriedad el mundo que lo rodea y ha acabado por juzgar necesarias,

urgentemente necesarias, mayores cargas de contento que alivien el mucho trabajo, la escasa hacienda y la frecuente enfermedad que se extienden como mala niebla por todas las parroquias del contorno. El animal vacío que fabrica la danza está ahí, dormido y perdiendo el tiempo. Quién sabe cuántos males podría estar diluyendo ahora. Cuántas preocupaciones olvidando, reduciendo a broza que lleva el viento. Así que deja de mirarlo, lo coge e intenta soplarlo como tantas veces ha visto hacer a su padre.

Eso hasta que llega la bofetada. Y la recriminación, que asusta y pica más que la otra.

—¡A ghaita é miña e non tes por qué movela!

Hay un hombre mirando una vaca.

En realidad hay dos hombres. Jóvenes. Han ido al *muíño*, al molino, con unas saquetas de grano para moler. Nadie sabría decir si es de día o es de noche. Es ese momento en el que el cuerpo sabe que el primero va a morir y se pone en guardia antes de adentrarse en otro país, antes de pasar una frontera tras la cual imperan otras leyes. Los hombres salen del pequeño edificio y allí, en mitad del crepúsculo y en mitad del prado, divisan una vaca solitaria. El día combate con valor pero la fatiga lo va venciendo, vacila sabedor de su flaqueza, y se tambalea. Los hombres caminan hacia la vaca. El día comprende que su tiempo se acaba y quema el último vigor en un inútil resplandor naranja que se consume en brasas blanquecinas, traspasadas ya de oscuridad. Los dos hombres intentan acercarse al animal pero el rumiante se aleja despacio. Un soplo cálido del océano hace ondear los árboles y acaricia la hierba, y con él se desliza la noche implacable apagando los últimos chisporroteos de la jornada, ya solo pavesas disueltas, breve nevada de luciérnagas, y una vaca cada vez más distante. Los hombres avanzando y la vaca separándose al mismo ritmo aunque al parecer inmóvil, una silueta de sombra impresa en el negror creciente. Como si sus grandes

y blandos ojos los miraran desde el borde mismo entre la luz y la no luz. Como si el encuentro resultara de todo punto imposible. Como si la vaca fuera otra cosa que se parece a una vaca, algo que quiso asomarse, aun solo por un instante, a este extraño mundo bajo la más habitual forma que en él halló. Asombro y temor, curiosidad y valor trémulo llevan a los amigos hasta el borde mismo de la finca, a empozar los pies en el regato, sin encontrarla.

Al día siguiente vuelven. El prado no está pacido. Por allí no ha pasado vaca alguna.

He aquí la primera parada del viajante. Un país marino que hunde sus formidables dedos de tierra en el agua, pólipos vello- sos de pino y eucaliptal en los que enjambran multitud de casas y aldeas dedicadas al cultivo de las apacibles rías. Un país que emboca el horizonte del mundo, buen conocedor de caminos sin mojones hacia fabulosos bancos de peces y hacia naciones que esconden tantos tesoros como promesas. Islas vestidas de neblina supervisan la entrada y salida de los barcos. Se escuchan sirenas. Una fábrica papelera suda borbollones de vapor blanco. Y en una de las ciudades principales de este país de musgo y granito, todo él tierra mojada, el viajante, solo un recién llegado, comprueba cómo el llover puede llegar a ser un espectáculo, y de los grandes, bajo los arcos de la plaza mayor. Allí concurre una multitud de vecinos: es el público de la función, que cierra los paraguas a medida que va llegando y ocupando posiciones. Se dirigen algunas palabras —quizá preguntan si lleva mucho comenzada— y pres- tan atención para no perder detalle. El agua cae en doseles conti- nuos puliendo las losas, sacando brillo a las estatuas, enjuagando la ciudad toda, formando riachos que bajan alegres y salvajes por las calles y además acompañada del sincopado punteo de ráfagas de viento que crecen y aflojan en intensidad hasta llegar a la gran traca final, con todos los sumideros del cielo abiertos y la lluvia golpeando inclemente la lámina de alabastro de la plaza a modo

El cazaorín de Casu y otras historias

EL VIAJANTE DUDA A menudo y solo dispone en su morral de una o dos convicciones. Quizá tres. Eso sí, entre ellas está la de que el rey Pelayo comenzó la reconquista con tanto brío porque su *queseru* era de Casu.

—Por eso ganaren toles batalles.

Si te lo dice Arcadio el de Caleao con esa rotundidad en el estar y en el decir, mirada de ganadero casín, paciente y humanísima, con dos pícaros relampagueos animándole de cuando en cuando el rostro franco, y te lo dice mientras explica el modo por el cual su familia ha venido elaborando queso probablemente desde tiempos medievales, y quién sabe si no será desde antes incluso, y echa unas coplas de *bandurria* (especie de rabel), y entras al *horru* (hórreo), y pasas con él toda una tarde filosofando sobre el vivir, entonces uno, si no es una alimaña despreciable, ha de creerlo y defenderlo allí donde haga falta.

Porque después de haber estado con Arcadio y con su mujer Lelia, y con Ángeles de Llaíñes, el viajante marcha tocado por los dedos de lo que es muy antiguo, inundado de un plácido desconcierto, sintiendo demasiado breve la piel del cuerpo. Por un lado desearía que mucha más gente se desviase de las rutas de siempre para conocer estos municipios interiores, enroscados sobre sí mismos como mullidas cunas forradas de verdín. Pero también,

asaltado de un sentimiento impulsivo y egoísta, preferiría a Arcadio y a Lelia y a Ángeles solo para él, y venir a resguardarse bajo el paraguas de sus palabras siempre que el mundo amenace con reventar de envidia o necesidad.

El secreto, concluye al fin el viajante, está en intentar alejarse de esas enormes rampas de hormigón por las que cada día resbalan miles de vehículos y que, lejos de allegarlos a parte alguna, más bien los expulsan del territorio a toda velocidad en ambas direcciones, y retar a otras carreteras más arriscadas y nobles. Claro que él juega con ventaja: una de las personas que mejor conoce el verdinegro Principado lo guía con volante seguro hacia dos concejos nudosos, el de Sobrescobio/Sobroscubiu y el de Caso/Casu, cresteados de caliza, alfombrados de pastizal, con gargantas y collados bien abrigados por espesa pelliza de hayedos y carbayales. Es tanto el bosque que la madera, enseña del municipio primero, aparece aquí por todas partes: en las cercas que separan el praderío, en los útiles de la cuadra y la cocina, en los entablados que protegen las galerías de las casas, en los cañizos de los tabiques antiguos, en toda artesanía del concejo *coyán*, que así, *coyanes*, se llaman a sí mismos estos paisanos de la Asturias centro-oriental, entusiastas y seguros, atentos en el mirar, vivaces en el comprender, rápidos en la palabra justa y en la anécdota significativa, la ironía y el humor amigable siempre a flor de gesto y de boca.

Después de pasar Oviedo, solar de reyes, arca de reliquias, gótico dedo apuntando hacia el cielo lluvioso, y parte de la muy poblada cuenca minera del Nalón —castilletes, colominas, pisos, monte brincado de casas—, la primera visita que hace el viajante es a Ángeles, que vive en la aldea de Ladines, Llaíñes en asturiano. Allí la encuentra con sus gallinas, su huerta, sus *blimes* o mimbres para hacer cestas, su hórreo y al lado de la casa nueva, la antigua en la que todo permanece como solidificado y en espera a causa del tiempo y de un reverencial respeto o temor a no tocar nada: de

ahí que permanezcan muy quietos el *fornu* (horno), el *llar* (antigua cocina de suelo), la *cacia* (vajilla)... y Ángeles que los vigila y pastorea como a un rebaño menudo y entrañable.

Ángeles González González nació en 1930 y en esa labor echó dos días y una noche. «Qué a gusto taría, ¿eh? ¡Creo qu'hasta me senté!», especula. El padre, todo apurado, se fue andando a Piloña, atravesando montes, «a buscar a una mujer qu'había ellí curiosa pa sacar rapaces que nun queríen salir». Le costó nacer, sí, pero al final asomó al mundo para quedarse y además con una salud de hierro que hoy lleva a gala («toi meyor per d'adentro que per de afuera», asegura). Y resume, garbosa, la esencia de aquella familia: «Probes como arañones, pero calor y cariñu, lo que quisieres». Eran cinco en casa y una multitud de primos que cada poco se dejaban caer también por allí. Comían todos alrededor del fuego, juntos bajo la campana grande, y cuando nevaba, los platos quedaban cubiertos por blanquísimos copos, glacial maná que caía sobre aquellas hambres.

Dos recuerdos despuntan en su mirar cuando retrocede a la infancia. Uno, la extenuante recogida de la escanda, el viejo y resistente cereal astur, húmedo pan montañés. «Coyíase muncha, muncha escanda, ¡nun quiero nin acordame!». Los mayores sacaban las espigas con aquellos dos palos, *les mesories*, bajo el sol de agosto y como quien rapa una tosca pelambre dorada, y los pequeños iban detrás atropando lo que caía, metiéndolo luego en enormes cestos («unos maniegos reondos, grandísimos»), que se colocarían en el *correor* (el corredor, la galería de madera de la casa) o en el hórreo al son de la rítmica cantinela «pan y paya, al horro vaya».

El otro tiene que ver con un paisaje, un resplandor fantasmal en mitad de la noche. El pueblo de Soto de Agues incendiado durante la guerra, las llamas reflejadas en las pupilas de las asustadas madres y *neños* que salieron de Llaínes a refugiarse en la ladera y que desde allí contemplaron el refulgente y pavoroso desastre que

AL VIAJANTE LE QUEDA un último trecho por recorrer: los escasos quince kilómetros que separan la raya fronteriza del puente de Ayuda, soberbia obra viaria del siglo xvi parcialmente derruida por los soldados españoles durante la Guerra de Sucesión. Los arcos vadean las anchas aguas del Guadiana pero la calzada se interrumpe y un vacío insalvable media entre el tramo que parte desde España y el que lo hace desde Portugal. El viajante se ensimisma durante largo tiempo en la contemplación del paisaje. Un atardecer anaranjado va cubriendo con delicadeza, como suave velo, los plácidos campos de olivos y cereal, iguales a uno y a otro lado de la corriente, y desde la orilla lusa llegan voces y risas de las familias que acampan y pescan en la ribera del río. El viajante, mientras tanto, no puede dejar de mirar el hueco, la nada que impide que los dos fragmentos de puente se toquen, y reflexiona sobre aquella época ya lejana en la que unos hombres decidieron volarlo por la mitad y renunciar así al tránsito, a la comunicación, al conocimiento mutuo y a la hermandad. Al viajante se le antoja este puente de Ayuda, *ponte da Ajuda*, un significativo símbolo hispánico —enseña medio demolida, atacada de hierbas— de la voluntad que a veces tienen los hombres por romper amarras e ignorarse unos a otros, por sentir ese vano orgullo de desconocerlo todo del vecino, y quisiera no ver nunca en estos horizontes ibéricos, tan grandiosos como sufridos, de talla tan inabarcable en ocasiones, y en otras, tan humana, puentes partidos, vacíos y silencios similares a este de paradójico nombre, y se declara tan solo partidario de puentes de ayuda real y cooperación amistosa.

Al lado, una pasarela moderna y asfaltada suple la carencia y el viajante la atraviesa para pisar con emoción la hermana tierra portuguesa, tan similar y, en cierto modo, tan desconocida. Se acoda en la barandilla de la pulcra zona de esparcimiento y otea el panorama, repasando mentalmente algunos momentos de ese viaje que ahora toca a su fin, ese viaje hacia atrás en el tiempo y hacia adelante en el espacio, un abrir camino a través de muchos estratos de tierra y memoria. A su lado, un hombre observa el puente en parecida actitud a la que el viajante exhibía en la orilla opuesta. Ambos se miran y esbozan sonrisa, y entonces se levanta una cierta brisa que eriza de ondas el agua y agita las ramas de las encinas.